



agua, mas no la podian ceñir con cerco por la aspereza de los lugares y sitio.

Pareció á los reyes de combatir primero esta ciudad, porque era como un fortísimo baluarte de los moros y de su señorío. Hicieron grandes juntas de gentes en la una provincia y en la otra: capitanes muy señalados en sangre y en hazañas, prelados y grandes en buen número acompañaban á los reyes, como fueron Pedro, obispo de Búrgos; Jocelin, de Sigüenza; Sancho, de Ávila; Raimundo, de Palencia; sin éstos, Pedro, arcediano de Toledo, y Gonzalo, arcediano de Talavera; D. Gonzalo Maraño, paje de armas del rey de Castilla; Ordoño Garcés y Garci Garcés; entre todos D. Pedro de Azagra, ya reconciliado con los dos reyes, fué el primero de todos, que con su particular escuadron se presentó delante de aquella ciudad. Comenzóse el cerco al principio del año: el sitio del lugar no sufría que acometiesen la ciudad, ni se aprovechasen de los ingenios; y los moros, así por su esfuerzo, como con la esperanza que tenían de ser socorridos de África, se defendían valientemente: duraba el cerco mucho tiempo, y no padecían mucho menor falta de mantenimientos en los reales que dentro de la ciudad. Erales forzoso sustentarse con lo que robaban, y de las presas, de que tenían poca comodidad por la esterilidad de los lugares: faltaba el dinero para pagar el sueldo, que es lo que convida á los obligados, y hace á los regatones traer provisiones á los reales.

Movido el rey de Castilla por estas dificultades, se partió para Búrgos con intento de juntar dineros. Hicieronse córtes del reino, y procuróse que no sólo los pecheros y gente popular, sino tambien los francos, que en España llamamos hidalgos, cada año pagasen al rey cinco maravedises de oro, y esto á causa que el pueblo, gastado con tantas imposiciones, no podia llevar los gastos de la guerra; que era justo moviese á los demas el amor de la patria y la falta del tesoro real, para que cediesen en parte á su derecho y á su antigua libertad; daño que se podia recompensar adelante con mayores provechos. Daba este consejo D. Diego de Haro, señor de Vizcaya, hom-

bre poderoso por sus fuerzas y por el parentesco del rey de Leon, de grande presuncion y ánimo; porque D. Fernando, rey de Leon, repudiado que hobo la reina doña Urraca, como arriba queda dicho, casó con doña Teresa, hija de D. Nuño, conde de Lara, por cuya muerte (que fué en breve) casó de nuevo con doña Urraca, hija de D. Lope de Haro y hermana deste D. Diego: deste casamiento nacieron don Sancho y don García.

Opúsose á los intentos de D. Diego, D. Pedro, conde de Lara: arrimósele gran número de nobles, que arrebataadamente se salieron de las córtes, determinados de defender por las armas la franqueza ganada por las armas y esfuerzo de los antepasados. Decía que en ninguna manera sufriria que en su vida se abriese aquella puerta, y se hiciese aquel principio para oprimir la nobleza y trabajalla con nuevas imposiciones, bien que fuese necesario dejar el cerco de Cuenca. El rey, movido por el peligro, desistió de aquel pensamiento. Á D. Pedro, por lo que hizo y por el valor que mostró, acordaron los nobles entre sí que cada año á él y á sus sucesores le hiciesen un gran convite para que quedase memoria de aquel hecho, y los descendientes fuesen por aquella manera amonestados á no sufrir por qualquiera ocasion que se presente, les sea menoscabado el derecho de la antigua libertad.

Entre tanto que estas cosas pasaban en Búrgos, pasados nueve meses que duraba el cerco, fué Cuenca por el esfuerzo de los fieles ganada por el mes de Setiembre el dia de San Mateo, año de mil ciento setenta y siete. El cual año, no solamente fué señalado por la memoria desta jornada y empresa, sino eso mismo dichoso por la virtud y felicidad del pontífice Alejandro, y haberse acabado la discordia y scisma que en Roma duraba, á causa que Inocencio, sucesor de Víctor, de su voluntad renunció el pontificado. Fué tambien alegre á los navarros por el nacimiento de D. Fernando, que le parió la reina doña Beatriz, abundante en sucesion, porque ántes desto tuvo estos hijos: D. Sancho, D. Ramon, doña Berenguela, doña Teresa y doña Blanca. Los vencedores, concludida aquella empresa, con intento de ennoblecer la ciu-



dad de Cuenca, ganada de nuevo, trataron de hacella cathedral, y trasladar á ella los derechos de Valera, en que hobo silla obispal en tiempo de los godos. Vino en esto el pontífice romano, y en que su primer obispo fuese un varon señalado, por nombre Juan. Á los ciudadanos fué concedido que tuviesen voto en las córtes del reino. Á los aragoneses, en premio de su esfuerzo, alzaron la sujecion con que solian obedecer y hacer homenaje á los reyes de Castilla como sus feudatarios, y que eran forzados á juralles fidelidad. Hizose confederacion entre los dos reyes contra todos los principes, excepto solamente el rey de Leon: hizosele aquella honra por ser pariente tan cercano.

Ganada que fué Cuenca, la villa de Alarcón, de asiento y sitio no ménos fuerte, se ganó, ca continuaron la guerra contra los moros por aquella parte los años siguientes. Demas de esto, la villa de Iniesta vino á poder de cristianos, pueblo en aquella comarca más conocido por las minas que tiene de sal á manera de piedras transparentes y espejadas, que por la fertilidad de los campos. Á los caballeros de Santiago se ordenó que para que mejor pudiesen hacer la guerra á los moros, pusiesen su asiento y convento en Uclés, de donde, como D. Fernando, rey de Leon, arrepentido de lo hecho, pretendiese volverlos á su antigua morada; despues de muchos debates sobre el caso, se hizo concierto que cuatro sacerdotes de aquella órden se enviasen á Leon, con tal condicion de que quedasen sujetos al convento de Uclés; sujecion que ellos adelante, por ser diferentes los reyes, rehusaron constantemente de sufrir. Tratóse mucho tiempo el pleito hasta tanto que las diferencias se sosegaron por autoridad de Urbano V, que mandó ambos conventos fuesen exentos el uno del otro, y que obedeciesen solamente al maestre de la órden. No mucho despues recibieron á estos caballeros en Portugal, y en él les dieron riquezas y lugares: obedecieron largo tiempo al maestre de toda la órden hasta tanto que D. Dionisio, rey de Portugal, puéstoles diferente cabeza, los eximió de la sujecion y la obediencia de Castilla. Estas cosas, aunque sucedieron en muchos y diferentes años, las juntamos aquí

para ayudar la memoria. Volvamos al órden de los tiempos.

Quando el rey D. Alonso hizo donacion de diversas rentas á estos caballeros, á los principios de su órden les dió á Ocaña y al Colmenar de Oreja, que está á la ribera del Tajo, con otros pueblos. Maqueda, Aceca, Cogolludo, Zorita, asimismo fueron por el mismo rey dados á los caballeros de Calatrava. Edificó él mismo á la frontera del reino la ciudad de Plasencia, y quiso que fuese obispal, donde ántes se via una aldea llamada Ambroz: este nombre quiso mudar en el de Plasencia para pronosticar que sería agradable y que daría placer á los santos y á los hombres, y tambien por la frescura del sitio, bien que el cielo que tiene no es muy saludable. Reparóse los muros de Toledo, y el pueblo de Alarcos se edificó y pobló en los Oretanos, no léjos de Almagro, en un sitio alto. Estas cosas se hacian en el año del Señor de mil ciento setenta y ocho, en el tiempo que D. Alonso, rey de Aragon, se apoderó del condado de Ruisellon por muerte del conde Giraldo, que no dejó sucesion. Así comenzó á intitularse en escrituras públicas rey de Aragon, conde de Barcelona y Ruisellon, y marqués de la Proenza.

El año siguiente de mil ciento setenta y nueve, á veinte del mes de Marzo, partió de Perpiñan y fué al lugar de Cazola, donde tenían señaladas vistas entre él y el rey de Castilla. En esta habla, porque tenían diferencia sobre la manera cómo se debia hacer la guerra á los moros, y qué parte de aquella conquista á cada cual de los dos tocaba, se acordó que á la conquista de Aragon perteneciesen Valencia, Játiva, Denia, con todas sus tierras; los demas pueblos y ciudades que se contenian en los Contestanos, que eran el reino de Murcia, fuesen de la conquista de Castilla. Hicieron liga contra don Sancho, rey de Navarra, en gran perjuicio suyo, porque con las armas de Castilla fueron ganados y quedaron por aquellos reyes Briviesca, Cerezo, Logroño y los demas pueblos que hay desde los montes Doca hasta Calahorra. El arzobispo D. Rodrigo pone tambien en este cuento á Navarrete, pueblo que otros dicen aún no era edificado en aquel tiempo; pero más ca-



so se debe hacer de la autoridad y testimonio de D. Rodrigo. Desde allí revolvieron las armas de Castilla contra los leoneses, talaron los campos, tomaron y saquearon los lugares y robaron todo lo que pudieron.

El rey de Leon, como quier que no tuviese fuerzas bastantes, no desistia de mover al rey de Aragon, y con cartas y mensajeros avisalle que el rey de Castilla habia quebrado la confederacion hecha en Cuenca: que pertenecia á su dignidad quebrantar la soberbia de aquel fiero mozo, porque aumentado su poder, no destruyese á los demas; que siempre es bien contrapesar las potencias. Daba el de Aragon oidos á esto; mas era menester algun color nuevo para romper. Envió á D. Berenguel, obispo de Lérida, y D. Ramon de Moncada, al de Castilla, para pedir el pueblo de Ariza y su castillo, que por los conciertos pasados quedó como en tercería, con órden que si no alcanzasen por bien lo que pretendian, le denunciassen a guerra. Grande espanto y muestra de una grande guerra se representaba á toda España, por revolverse entre sí en un mismo tiempo tantos reyes. La modestia del rey de Castilla lo allanó todo, ca entregó Ariza á los aragoneses y se la restituyó. Dejó otrosí y alzó mano de la guerra de Leon, pareciéndole con lo hecho dejaba vengadas bastantemente las injurias y excesos pasados.

Los ánimos de los leoneses estaban aversos de D. Fernando, su rey, y parece que si se ofrecia ocasion, mostrarian el odio que tanto tiempo tenian en sus pechos encubierto. Cansados con nuevas imposiciones que les cargaba, llevaban mal la aspereza del rey y su condicion: á otros movian otras causas particulares, en particular los de Salamanca sentian que habiendo el rey reedificado á Ledesma, les hoviese para dalle término quitado parte de su tierra: así en sazón que el rey se hallaba embarazado en la guerra sobredicha, fueron los primeros á declararse, y se levantaron contra él. El principal movedor deste alboroto, llamado Nuño Ravia, fué elegido por capitán: D. Lucas de Tuy dice que le llamaron rey. Los de Ávila, con quien tenian antigua amistad, avisados de todo el negocio, les enviaron ayudas:

el rey D. Fernando, porque el mal no cundiese, acudió luégo á sosegar estos alborotos. Juntáronse los campos; dióse la batalla junto á Valdemusa, en que fueron vencidos y desbaratados los rebeldes, forzaronles asimismo y ganáronles los reales. El mismo capitán Nuño Ravia fué preso y justiciado conforme á las leyes de la guerra. Los demas, de feroces que poco ántes eran, luégo quedaron humildes y obedientes; que ninguna cosa hay en el vulgo templada y mediana, ó espantan ó temen: la misma ciudad de Salamanca volvió á la obediencia. Desde allí partió el rey para Zamora, porque le avisaban que tambien aquella ciudad, con deseo de novedades, andaba alterada, pero ella fácilmente se sosegó: el ejemplo y trabajo ajeno la hizo más recatada. En esta sazón el cuerpo del rey D. Ramiro III de este nombre fué trasladado del lugar de Destriana á Astorga, y puesto en la iglesia Mayor en un sepulcro más cómodo que ántes.

Sosegados estos movimientos, al rey aquejaba el cuidado de defender á Ciudad-Rodrigo, que la tenía cercada D. Fernando de Castro con gran número de moros. La ayuda de San Isidro, al cual los leoneses tenían por patron particular, les asistió para que los bárbaros quedasen por el rey D. Fernando vencidos en batalla, muertos y desbaratados. Con esta victoria cobraron los leoneses orgullo, pasaron adelante y trabajaron las tierras de Portugal comarcas con talas y con robos. Lo que más era á propósito, y muchos grandemente deseaban, el mismo D. Fernando de Castro, por diligencia deste rey, se redujo á mejor consejo, ca le exhortó que le ayudase á él contra el rey de Castilla, ántes que á los enemigos del nombre cristiano. Aceptó él este partido que le ofrecian, y como era de gran corazón, y en las cosas de la guerra señalado entre pocos, con deseo de mostrarse, entró luégo por las tierras de Castilla con gente de Leon. En tierra de Campos, junto á un lugar llamado Lubrical, venció en una batalla las gentes contrarias que le salieron al encuentro. Muchos señores quedaron presos, y entre ellos el mismo D. Nuño de Lara, su enemigo capital; mas él los trató benigna y cortésmente, y con



grande loa de modestia y de humanidad los dejó ir libres á sus tierras; solamente les hizo jurar que les serian amigos fieles. Él mismo, repudiada su primera mujer, casó con doña Estefanía, hermana del rey D. Fernando; y el que por sangre y hazañas era esclarecido, quedó más ennoblecido por el parentesco real. Deste matrimonio nació D. Pedro de Castro, de quien adelante se hará mención.

Siguióse otra guerra, que se hizo contra Portugal por esta ocasion: D. Alonso, rey de Portugal, puesto que de grande edad y muy viejo, nunca aflojaba en el cuidado de la guerra; tenía el ánimo muy fuerte, si bien el cuerpo era flaco. Llevaba mal que el rey D. Fernando, con haber reedificado á Ciudad-Rodrigo á la raya de su reino, hoviese por el mismo caso puesto como grillos á Portugal y edificado una fuerza de donde los campos de aquella provincia pudiesen libremente, como poco ántes lo hicieran, ser maltratados. Juntó un grueso ejército, y mandó á D. Sancho, su hijo, que con aquellas gentes se pusiese sobre aquella ciudad. Prometiase seguramente la victoria, á causa que el rey de Leon en el mismo tiempo se hallaba apretado con la guerra de Castilla, como poco ántes se ha dicho, y los suyos alborotados. El rey D. Fernando en aquel peligro no se olvidó de la honra y reputacion, además que no ignoraba cuánto se disminuirian sus fuerzas si perdiese aquella ciudad: salió, pues, con parte de sus gentes al encuentro á los portugueses: pelearon cerca del lugar llamado Arraganal; los portugueses fueron vencidos, unos muertos y desbaratados, otros presos, que dejó todos ir libres á sus tierras.

D. Alonso, rey de Portugal, avisado de aquella pérdida, juntadas sus gentes, entró por las tierras de Galicia, apoderóse de Limia, de Turonia y otros lugares por aquella comarca. Despues desto, rehaciéndose de nuevas gentes, con deseo de vengarse, determinó acometer á Badajoz, ciudad que, aunque era de moros, estaba á devocion del rey D. Fernando. Por esto, juzgando él que pertenecia á su autoridad no desamparalla en aquel peligro, acudió á socorrerla. El portugues tenía ya tomada gran parte de la ciudad; mas como se

atrebiese á dar la batalla á los leoneses, fué en ella vencido, y forzado á retirarse á la misma ciudad de do saliera. No era la recogida segura: apretaban al vencido de una parte los moros, que tenían en su poder lo más alto del pueblo, y de la otra los leoneses: intentó de salvarse por los piés y huir; al salir se hirió malamente en el cerrojo de la puerta de la ciudad, y cayó del caballo; así preso de los enemigos, vino en poder del rey D. Fernando, que le trató humanísimamente, y le hizo curar la herida, no con ménos cuidado que si fuera su padre. Fuera de esto, luégo que estuvo sano, le dejó ir á su tierra, si bien el portugues, movido desta humanidad, se mostraba aparejado á poner en su poder todo su reino, y obedecelle como á señor; mas no quiso aceptar el rey D. Fernando, contento sólo con recobrar los lugares que poco ántes le tomara en Galicia: tenía otrosí por bastante fruto de la victoria usar de templanza y humanidad.

En Cuenca, por la muerte de Juan I, obispo de aquella ciudad, fué puesto en su lugar Julián, hombre santo, maravilloso por la vida y la erudicion. Era natural de Búrgos, y aún se halla en los papeles de la iglesia de Toledo que fué arcediano de Toledo: con sus predicaciones, en la mayor parte de Castilla tenía hecho gran provecho en los moros y cristianos, y ganado gran nombre y fama en el oficio de predicar, que fué el escalon por donde subió al obispado, y despues en el número de los santos le pusieron ésta y otras virtudes. Doña Urraca, reina de Navarra, hija del emperador, despues de la muerte del primer marido, casó los años pasados con D. Álvaro Rodriguez, persona principal en Castilla, y sin tener hijos deste matrimonio, falleció este año por el mes de Agosto. Su cuerpo yace en Palencia, en la iglesia Mayor, con este letrero:

AQUI REPOSA DOÑA URRACA, REINA DE NAVARRA, MUGER DE DON GARCÍ RAMIREZ: LA QUAL FUE HIJA DEL SERENÍSIMO DON ALONSO EMPERADOR DE ESPAÑA QUE GANÓ A ALMERIA: FALLECIÓ A DOCE DE OCTUBRE AÑO DEL SEÑOR DE MIL Y CIENTO OCHENTA Y NUEVE.

Así dice el letrero. Nos, en la razon de los



tiempos, seguimos los anales de Toledo, y por ellos quitamos diez años de esta cuenta.

El año luégo siguiente de mil ciento y ochenta, á cinco de Octubre, Luis, rey de Francia, seteno de este nombre, falleció en París: dejó por su sucesor á su hijo Philipe, por sobrenombre Augusto. Por el mismo tiempo en aquella parte de Vizcaya que se llama Alava edificaron por mandado de D. Sancho, rey de Navarra, la ciudad de Victoria, cabeza de aquella provincia, do ántes estaba una aldea llamada Gasteíso. La causa de mudalle el nombre antiguo y ponelle éste no se sabe, aunque no debió faltar. En Tarragona otrosí se tuvo un concilio de obispos en que se trató así de otras muchas cosas, como tambien se estableció por ley que en adelante, mudada la antigua costumbre que los catalanes guardaban, se dejase, y no escribiesen en las escrituras públicas el nombre de los reyes de Francia, ni pusiesen en ellas el año de su reinado, como lo acostumbraban. Siguióse el año mil y ciento y ochenta y uno, y en él la muerte de D. Cerebruno, arzobispo de Toledo, á doce de Mayo. Sepultáronle en su iglesia en la capilla de San Andres. Sucedióle D. Gonzalo, primero de este nombre, varon de grande y excelente virtud. Quién pone ántes de D. Gonzalo á Pedro de Cardona, quién despues de él: debió ser electo y no consagrado; y aun hay memoria en Toledo que le hace cardenal; los más le pasan en silencio en este cuento de los prelados de Toledo.

La jornada que D. Alonso, rey de Portugal, hizo contra los moros, dado que le sucedió mal, fué ocasion que los nuestros entendiesen se podrian apoderar de Badajoz: por esto D. Fernando, rey de Leon, á cuya conquista pertenecia, juzgó que no se debía dejar pasar aquella ocasion, como príncipe que era de suyo enemigo de ocio y de condicion bulliciosa, y más aventajado en la disciplina militar que en las artes de la paz. De Zamora, donde se retiró despues que soltó al rey de Portugal, apercibido de nuevas gentes, marchó para aquella guerra y ganó la dicha ciudad de Badajoz. Era habitada de moros, y no podia por entónces llevar nueva poblacion de cristianos, ni poner

en ella guarnicion bastante desoldados. Acordó dejar por gobernador á un moro llamado Abenabel. Los bárbaros no guardan la fe, la palabra ni juramento sino cuando no pueden más. En breve, pues, se reveló contra D. Fernando, y llamó en socorro suyo á los Almohades. Pasó adelante, que no contento con la posesion de aquella ciudad, formado un buen ejército, acometió primeramente las tierras de Leon, en que taló, saqueó y robó todo lo que por aquella parte se le puso delante; luégo dió la vuelta á Portugal: cercó al rey D. Alonso dentro de Santaren, que halló descuidado y desapercibido de todo lo necesario.

D. Fernando, rey de Leon, encendido en deseo de vengar sus injurias, y movido por el peligro del rey su suegro, de cuya defensa ya una vez se encargó, juntadas de presto sus gentes, salió al encuentro á los moros que estaban feroces por lo hecho; pero ellos luégo se pusieron en huida por no sentirse iguales á las fuerzas de ambas naciones. El rey de Portugal, como al principio sospechase que D. Fernando venia mudado de voluntad y contra él, y no ménos se recelase de su poder que de las armas de los moros, sabida la verdad, se alegró y cobró ánimo. D. Fernando, ganada muy gran gloria, y cargado de los despojos de moros, volvió á su tierra el mismo año, que fué el de nuestra salud de mil ciento ochenta y uno, en que comenzó á gobernar la iglesia de Roma Lucio III deste nombre, natural de Luca, sucesor de Alejandro III. Deste pontífice dicen que envió cierto cardenal, cuyo nombre no se refiere, por su legado, y con grandes poderes á España para asentar las paces entre los reyes cristianos, que divididos en gran daño del comun, contendian entre sí con odios muy grandes, muchas veces sin muy grande ocasion; por donde dejaban pasar grandes ocasiones que se ofrecian, y comodidades para oprimir la morisma, gente bárbara.

El rey de Aragon, por estar determinado de ir en romería á Santiago, hizo compañía al legado hasta Castilla, en particular por el deseo que tenia de interponer su autoridad para que se hiciesen las paces. Pareciale cosa muy honrosa que por su medio se estableciese la con-



cordia deseada entre los reyes y se dejasen las armas. Sucedió como lo pensaba, que á su instancia se concertó la paz, y á cada uno de los reyes señalaron los términos hasta donde llegasen sus estados. De lo que quedaba en poder de los moros, al tanto determinaron las ciudades, lugares y castillos que pertenecian á la conquista de cada cual destes príncipes, sobre lo cual tenian ántes desto no pequeño debate. En estas pláticas, no sólo ganó el rey de Aragon loa de pacificador, sino tambien de modestia, ca se contentó con lo que le señalaron para su conquista, que fué sola aquella comarca que desde Aragon llega hasta Valencia, dado que por agravarse el rey D. Pedro su hijo, que en esta confederacion y concordia se le hizo sinrazon, alcanzó que los términos de la conquista de Aragon llegasen y se extendiesen hasta Alicante. Los demas reyes, con los términos y rayas que se les señalaron, terminaron de buena gana su señorío. Solamente el rey de Navarra quedaba sentido, y extrañaba los grandes agravios que le tenía hechos don Alonso, rey de Castilla: por esta causa no se pudo persuadir á venir en aquella comun confederacion y córte que se dió entre los demas.

Todavía despues deste asiento duró algun tiempo la paz entre los cristianos, por lo ménos hobo pocas revueltas y de poca consideracion. Hacíase la guerra á los moros, mayormente el rey de Portugal se señalaba en esto: demas que entre los alborotos de la guerra, cuidadoso de acrecentar la piedad cristiana y culto divino, él mismo desde el promontorio Sacro (que por este respeto y para con su presencia considerar el lugar fué allá por dos veces) procuró y hizo que los huesos de San Vicente mártir se trasladasen á la iglesia Mayor de Lisboa, que fué el año mil y ciento y ochenta y tres. Él se ocupaba en esta y semejantes obras de piedad. Á su hijo D. Sancho envió de la otra parte de Tajo para que tuviese cuidado de la frontera y hiciese rostro á los moros. Él, como mozo y fervoroso por la edad, y con deseo de ganar honra, con buen número de los suyos entró en el Andalucía y taló las tierras de los moros por todas partes hasta llegar á Sevilla. Asimismo á los sevillanos, que con in-

tento de vengar aquella afrenta le salieron al encuentro, los desbarató en batalla: puso cerco sobre Ilipa, que hoy se llama Niebla, pero no la pudo ganar, porque vino nueva que grandes gentes de moros tenian puesto cerco sobre Beja, en los confines de Portugal. Así D. Sancho, movido por el peligro de los suyos, y porque no pareciese que por pretender lo ajeno dejaba perder lo que era suyo, y cayese en reprehension de lo que pretendia honrarse, alzado el cerco de Niebla acudió á Portugal: con su venida los bárbaros fueron vencidos y forzados á partirse de aquella ciudad.

D. Sancho, esclarecido con tantas victorias, entró en Santaren á manera de triunfante. Al mismo tiempo vino aviso que los Almohades, con su caudillo el rey Abenjacob, apercibian grandes gentes contra Portugal. La diligencia de que usaron fué grande: más presto que se pensaba pusieron cerco sobre aquella villa de Santaren. D. Alonso, rey de Portugal, dado que se hallaba muy pesado por la edad, y por haber quedado cojo de una pierna despues que en Badajoz se le quebró (de tal manera que usaba de coche por no poder andar á caballo), convocados soldados de todo su reino, se apresuró á ir á Santaren. Dióse la batalla, en que los moros no fueron iguales á los portugueses, porque el padre por frente, y el hijo que salió de la villa, por las espaldas, los apretaron: fué grande la matanza y muchos los que se pusieron en huida; al mismo rey bárbaro dieron en la batalla una herida mortal, y como quier que pretendiese para escapar pasar á Tajo, que por aquella parte va muy arrebatado y lleva mucha agua, se ahogó en el rio, que fué el año de mil y ciento y ochenta y cuatro. Sucedióle en los dos imperios de África y de España Aben-Juzeph su hermano.

Esta victoria se tuvo por muy señalada, y por ella se hicieron grandes regocijos en toda España. Verdad es que la muerte de Armengaudó Armengol, conde de Urgel, aguló algun tanto esta alegría; era hijo de Armengaudó Castilla, conde de Barcelona, y tenía por mujer una hermana del rey de Aragon; y no sólo poseia gran estado en Cataluña y Aragon, sino tambien en Castilla era señor de Vallado-